

# SYLVIA DAY

## No me tientes

La autora que arrasa en todo el mundo

Número 1 en veintiún países



# *No me tientes*

Sylvia Day

Esencia/Planeta

Título original: *Don't tempt me*

© Sylvia Day, 2008

© por la traducción, Anna Casanovas, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.esenciaeditorial.com](http://www.esenciaeditorial.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta

© Imagen de la cubierta: Shutterstock

© Fotografía de la autora: Ian Spanier Photography

Primera edición: febrero de 2015

ISBN: 978-84-08-13738-2

Depósito legal: B. 278-2015

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

*Printed in Spain* - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



*París, Francia 1780*

Éra la clase de hombre que podía esclavizar a una mujer con una mirada.

Y era exactamente lo que estaba haciendo con ella.

Lynette Baillon observó al famoso Simon Quinn con el mismo descaro con que él la estaba observando a ella y la fascinó lo negro que tenía el pelo y lo brillantes y azules que eran sus ojos.

Quinn estaba apoyado en una de las columnas fasciculadas del salón de baile de la baronesa Orlinda, con los brazos cruzados sobre el pecho y los tobillos entrelazados en una pose que proclamaba indolencia. Parecía relajado y alerta al mismo tiempo, una dicotomía que ella ya había percibido la primera vez que lo vio caminando bajo la luz de la luna por las calles de París. El traje que llevaba esa noche combinaba tonos azul oscuro y gris, una mezcla elegante que a Lynette le resultaba extremadamente atractiva.

En medio de la decoración que la baronesa había elegido para aquella reunión tan íntima —velas con aroma de especies exóticas, butacas escondidas en medio de un bosque artificial y sirvientes vestidos con atuendos muy atrevidos—, Simon Quinn resultaba austeramente atractivo. Su contenida intensidad le gustaba mucho más que el descaro del resto de los caballeros invitados.

Esa noche, para meterse en el papel que representaba, Lynette había elegido un espectacular vestido blanco con lazos color crema y bordados plateados. Si al vestido se le sumaba su piel blanca, la melena tan rubia y el antifaz rojo rubí, el resultado final conseguía atraer muchas miradas.

Consiguió atraer la de él.

Nunca los habían presentado. Lynette había averiguado su nombre escuchando conversaciones ajenas, prestando suma atención a las historias susurradas que circulaban sobre lo buen amante que era y sus orígenes humildes. Quinn vivía al límite y solo.

Las mujeres lo deseaban por los mismos motivos por los que lo despreciaban los hombres; lo único que Quinn tenía para abrirse camino era su reputación como amante, y no poseía título, fortuna o código moral que lo redimiera de sus pecados.

La baronesa viuda disfrutaba escandalizando a la alta sociedad, lo que explicaba la presencia de ese hombre en la fiesta. Él era la novedad y no parecía importarle desempeñar ese papel.

Lynette estuvo muy tentada de ir a su lado y compartir su soledad.

Quinn era muy alto y corpulento. Tenía la mandíbula muy marcada y la nariz afilada. Las cejas le daban un aire arrogante, mientras que las pestañas largas y espesas aportaban cierta ternura a su rostro. Pero para Lynette, el mejor atributo de aquel hombre tan atractivo eran sus labios. Eran perfectos, ni demasiado gruesos ni demasiado finos, y cuando sonreía... resultaban irresistibles. Le daban ganas de lamerlos, morderlos, sentirlos deslizándose por su piel.

—Tú te pareces mucho más a mí que tu hermana —le había dicho su madre en una ocasión—. Eres apasionada y de sangre caliente. Reza para no sucumbir a tus deseos.

En ese momento sí que se notaba la sangre caliente. El pecho

le subía y bajaba a toda velocidad porque él la estaba mirando. Se le había acelerado el corazón. Que un desconocido pudiese provocar tal respuesta en su cuerpo, a pesar de estar rodeada de gente y de la distancia que los separaba, sólo sirvió para que se excitase todavía más.

Entonces Quinn se apartó de repente de la columna y se acercó a ella cual depredador que dispone de todo el tiempo del mundo. Sus fuertes y musculosas piernas recorrieron la distancia que los separaba sin inmutarse por la gente que tuvo que apartarse a su paso. Lynette exhaló y notó que le sudaban las manos dentro de los guantes.

Cuando Quinn se detuvo a su lado, por fin pudo apreciar lo atractivamente salvaje que era. Ella respiró hondo y el aroma de él, una mezcla de tabaco y cuero, la embriagó. Era una esencia primitiva y deliciosa y Lynette necesitó recurrir a toda su fuerza de voluntad para no ponerse de puntillas y acercarle la nariz al hueco del cuello para olerlo mejor.

—*Mademoiselle.*

Lynette se estremeció cuando su sensual acento la envolvió como los brazos de un amante.

—Señor Quinn —lo saludó con voz grave e insinuante.

Él entrecerró los ojos y la observó con detenimiento. Luego, sin previo aviso, la cogió del codo y tiró de ella, alejándola de la pared. A Lynette el gesto la sorprendió tanto que fue incapaz de decir nada.

O eso se dijo a sí misma. Todavía no estaba dispuesta a reconocer que quería que un hombre como aquél la hiciese suya. Un hombre de aspecto exterior impecable e interior viril y masculino.

Quinn la llevó entre la multitud hasta llegar al pasillo y después la encerró con él en una habitación. El interior estaba muy oscuro comparado con la impresionante iluminación que pro-

porcionaban las lámparas de araña del salón y Lynette no vio nada durante unos segundos.

Sus ojos fueron adaptándose poco a poco a la suave luz de la luna que se colaba por las ventanas y, cuando por fin pudo ver, dio un paso hacia la amplia librería. El olor a cuero y pergamino saturó su olfato y le hizo desear todavía más que él la poseyera.

Oyó girar la llave y se sobresaltó, tenía los nervios a flor de piel. Las risas y la música procedentes del salón se desvanecieron y lo único que percibió era que estaba a solas con Simon Quinn.

—¿A qué estás jugando? —le preguntó éste bruscamente.

—Te estaba mirando —reconoció, dándose media vuelta para quedar frente a él. Prefería tener la luz a su espalda, porque así su rostro quedaba oculto entre las sombras y el del hombre no—. Igual que el resto de las mujeres de la sala.

—Pero tú no eres como ninguna de esas mujeres, ¿no es así? —señaló él, dando un paso hacia ella.

Así pues... Simon sabía quién era. Eso sí la sorprendió. Su madre había insistido en ocultar sus verdaderas identidades. No habían ido a su casa y se habían instalado en la de unos amigos bajo otro nombre. Su madre le dijo que así su padre no se enteraría de que se habían desviado de su destino —España— y no se enfadaría. Lynette habría accedido a hacer cualquier cosa con tal de ir a París. Nunca había estado allí.

Claro que si Quinn realmente sabía quién era, ¿por qué la había sacado del salón delante de toda aquella gente?

—Tú eres quien se ha acercado a mí —le recriminó ella—. Podrías haber mantenido las distancias.

—Estoy aquí por tu culpa. —La sujetó por los codos y la pegó a él—. Si hubieses podido evitar volver a hacer de las tuyas, a estas horas yo ya llevaría días lejos de Francia.

Lynette frunció el cejo. ¿De qué estaba hablando? Se lo habría

preguntado si él no la hubiese tocado. Ningún hombre se había atrevido nunca a ser tan directo con la hija del vizconde Grenier. Lynette apenas podía creerse lo que Quinn estaba haciendo y, sin embargo, era incapaz de apartarse, porque la reacción que le había causado tenerlo tan cerca la había dejado petrificada. Era tan fuerte como el acero. Jamás habría sido capaz de imaginárselo así.

Se le aceleró la respiración y notó que se inclinaba hacia él para presionar el pecho contra el suyo. Quinn era un desconocido y parecía estar muy enfadado con ella.

Pero a pesar de todo, se sentía a salvo con él.

Durante un largo instante, el hombre no se movió. Y entonces tiró de ella hacia la ventana y descorrió bruscamente la cortina para poder mirarla a la cara. Movié los dedos con seguridad y le quitó el antifaz, que cayó al suelo, dejándole el rostro al descubierto. Lynette se sintió desnuda, aunque no lo suficiente. Se sentía atrevida, la quemaba el impulso de quitarse todas y cada una de las prendas de ropa mientras él la miraba. Era adictivo saberse objeto de una mirada tan ardiente, despertar el interés de un hombre tan atractivo.

Él la miró confuso y furioso y apretó los labios.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó entonces.

Ella tragó saliva.

—¿Cómo?

Quinn suspiró exasperado, soltó la cortina, y cogió a Lynette por la cintura.

—Como si quisieras meterme en tu cama.

—Es usted un hombre muy guapo, señor Quinn.

—Conque señor Quinn, ¿eh? —susurró, recorriéndole la espalda con aquellas manos tan grandes que la hacían sentirse pequeña y delicada. Conquistada—. Siempre he sabido que estabas loca.



Lynette sacó la lengua para humedecerse el labio inferior y él se quedó paralizado y le ardieron los ojos.

—¿A qué estás jugando? —le volvió a preguntar.

Esta vez Lynette notó algo más en su tono de voz. Algo más oscuro. Innegablemente excitante.

—Yo... creo que los dos nos hemos confundido —le dijo.

Él se acercó más y, con una mano, la sujetó por la nuca y con la otra por la cintura, pegándola por completo a su cuerpo.

—Pues claro que me he confundido, maldita seas.

La apretó tanto que Lynette tuvo que arquear la espalda hacia atrás para poder moverse un poco.

Respiraba cuando él respiraba. Cada movimiento la excitaba más, sus cuerpos estaban pegados en una danza muy sensual. A ella le ardía la sangre, un fuego que había prendido cuando ese hombre la miró por primera vez en el salón.

—¿Quieres que te eche un polvo? —le preguntó Quinn, inclinando la cabeza hasta que sus labios rozaron la mandíbula de ella. La caricia fue delicada y atrevida al mismo tiempo y Lynette se estremeció—. Porque lo estás pidiendo a gritos y yo estoy lo bastante alterado como para echártelo.

—Yo... yo...

Él ladeó la cabeza y la besó con fuerza, presionándole la boca con la suya. Fue un beso sin delicadeza, sin ternura y a Lynette le dolieron los labios por la violencia y el ardor de Quinn. Tendría que haberse asustado, él parecía estar a punto de perder el control y pasaba de la furia al deseo a cada instante.

Pero en cambio gimió y levantó las manos para sujetarlo por las solapas y acercarlo a ella. Le encantó su sabor y le lamió los labios. Entonces él también gimió y movió las caderas desesperado contra las de ella. Lynette se rindió y, al notarlo, Quinn suavizó el beso y las caricias.

—Dime qué estás tramando —le dijo, mordiéndole el labio inferior.

—Estar contigo —confesó ella, ladeando la cabeza para volver a besarlo.

Se sentía como si hubiese bebido, la habitación daba vueltas a su alrededor y sospechaba que si Quinn no estuviese sujetándola se caería al suelo.

Él se movió y se sentó en una butaca que tenía cerca. Lynette perdió el equilibrio y quedó atrapada entre las piernas separadas de Quinn.

—¿Por qué ahora? —le preguntó éste, mordiéndole el lóbulo de la oreja.

Ella le pasó los brazos alrededor de los hombros, dándole acceso a su cuello desnudo. Los ardientes labios de él se posaron en su piel y Lynette gimió de placer.

—Señor Quinn...

Él se rio y la calidez de ese sonido la sorprendió.

—¿Quién iba a decir que eras tan ardiente detrás de esa gélida fachada?

—Bésame otra vez —le suplicó ella. Ahora que los había probado, los labios de Quinn le gustaban todavía más.

—Tenemos que irnos de aquí antes de que te levante la falda y te posea aquí mismo.

—No...

Él le atrapó el labio inferior entre los dientes y Lynette se relajó y se humedeció.

—Pues entonces tenemos que encontrar un lugar que nos proporcione cierta intimidad, Lysette. Antes de que la lujuria me impida pensar.

«Lysette.»

Lynette se quedó petrificada. Su corazón se detuvo al oír aquel

nombre, y por fin comprendió horrorizada todas las preguntas que le había hecho Simon Quinn: él conocía a su hermana. A su hermana gemela. A la mejor amiga que había tenido nunca y cuya pérdida todavía lloraba.

Lysette estaba muerta, su precioso cuerpo estaba enterrado en una cripta, en Polonia.

Pero si eso era cierto, ¿cómo era posible que Quinn le hablase como si estuviese viva?